

El largo suspiro

Versión de Eesha Sardesai

El aliento salió de los pulmones del hombre en grandes bocanadas. Había estado corriendo durante veinte minutos seguidos, desde su casa hasta la mezquita, bajo un cielo azul plateado antes del alba que rápidamente mostraba toques dorados. Ahora estaba inclinado, con las manos en las rodillas mientras su respiración volvía a la normalidad.

Con otra inhalación profunda, el hombre levantó la cabeza para mirar las puertas de la mezquita. Eran un hermoso elemento de la arquitectura, su fachada tenía un brillo de azulejos de color púrpura y turquesa. En los azulejos había inscripciones de algunos versos sagrados escritos con letra elegante.

El hombre se había propuesto asistir a la oración de la mañana en la mezquita. Hasta hoy, nunca había faltado. No pudo evitar sentirse frustrado: había dormido hasta tarde después de una noche de sueño intermitente y, cuando se levantó, faltaban unos minutos para que comenzaran los servicios.

Había corrido tan rápido como pudo, con la esperanza de poder llegar a la mezquita antes de que terminaran. Entonces, cuando vio que las puertas frente a él se abrían y la gente salía en fila, su corazón se hundió.

Caminó hacia una de estas personas, un anciano que estaba apoyado en su bastón.

—Señor —le dijo al hombre —¿han concluido ya las oraciones?

—Lo siento —dijo el anciano poniendo su mano en el hombro del joven —pero sí, las oraciones ya terminaron. Por poco y habrías llegado.

El joven cerró los ojos y dejó escapar un largo suspiro, una exhalación profunda que pareció prolongarse durante años. Fue un suspiro lleno de emoción; en él se podía escuchar la tristeza del hombre, su anhelo, el dolor de su deseo no cumplido. ¡Con qué fervor había querido orar a Dios!

El hombre abrió los ojos y respiró lentamente. El cielo detrás de él se estaba iluminando cuando la esfera del sol emergió desde debajo del horizonte.

Después de un momento, notó que el anciano todavía estaba de pie allí, con una expresión de curiosidad en su rostro.

—¿De verdad te afecta tanto no haber podido asistir a la oración de la mañana?
—preguntó el anciano.

—¡Por supuesto! —dijo el hombre. —Ese momento de oración es muy importante para mí. Es así como comienzo mi día. ¡No puedo creer que haya perdido esta oportunidad de hablar con mi Dios!

El anciano siguió mirándolo pensativamente.

—Quizá te pueda ayudar dijo el anciano. —Si lo deseas, te daré el fruto de todas las oraciones que acabo de ofrecer en la mezquita esta mañana.

—¿Lo haría? —preguntó el joven asombrado.

—Por supuesto —contestó el anciano —me daría mucho gusto hacerlo. Sin embargo, debo pedirte algo a cambio.

—¡Oh, sí, cualquier cosa! —dijo el joven. —¿Qué es lo que puedo darle a cambio?

—Tu suspiro —dijo el anciano finalmente después de una larga pausa.

—¿Mi suspiro? —preguntó el joven un tanto confundido. —¡Ah! ¿Se refiere al suspiro que dejé escapar después de enterarme de que me había perdido las oraciones?

—Sí, ese —respondió el anciano.

El joven se quedó boquiabierto. —¿Está usted... está seguro? ¿Eso es todo lo que quiere?

—Créame, jovencito. Eso será suficiente —replicó el anciano. —Entonces, ¿hacemos intercambio?

El joven no podía creer su buena suerte.

—¡Sí, sí, absolutamente! —dijo el joven. —No sé cómo agradecerle lo suficiente, buen señor, su generosidad. ¡Estoy tan contento de haber recibido los frutos de la oración después de todo!

El hombre cantaba contento para sí mismo mientras se dirigía a casa, notando lo hermoso que de repente se veía todo a su alrededor. Los problemas de la mañana rápidamente se habían alejado de su mente.

Esa noche, el hombre tuvo un sueño. En ese sueño escuchó una voz. La voz le dijo: “Eres un tonto”.

Hubo un momento de silencio y luego la voz habló de nuevo.

“¿Lo entiendes?” dijo la voz. “Eres un tonto. ¿Por qué entregaste tu suspiro tan fácilmente? Ese suspiro contenía los frutos y las virtudes de oraciones incalculables”.

Las palabras sonaron fuertes y claras; resonaban en la atmósfera del sueño y parecían latir en el cuerpo mismo del hombre. Se despertó sobresaltado.

Parpadeó algunas veces, sintiendo su pecho subir y bajar con el movimiento de su respiración. Miró a su alrededor, aturdido, mientras procesaba lo que había sucedido. ¡Era un sueño trascendental el que acababa de tener!

El hombre encendió una lámpara cercana y sacó su diario. Escribió lo que la voz le había dicho y luego miró las palabras, mientras una silenciosa súplica se formaba en sus labios para comprender su significado.

A sobresaltos le llegaron las ideas, en pares de palabras y fragmentos de frases. Cada una, al parecer, iba acompañada de su propia chispa de revelación.

Mi suspiro contenía los frutos de muchas oraciones...

Mi suspiro era en sí mismo una oración...

una expresión de amor...

una oda de anhelo...

Mi suspiro expresaba mi amor y mi anhelo por Dios...

Era mi manera de acercarme a Dios...

Era mi comunión con Dios...

Después de un momento, los pensamientos del hombre derivaron hacia las oraciones del anciano, aquellas por las que había cambiado su suspiro. Se dio cuenta de que nunca se había detenido a considerar lo que ese otro hombre podría haber estado deseando mientras recitaba las oraciones. En su prisa por recibir el fruto de la oración, ¡no había prestado atención a cuál podría ser ese fruto!

Afuera el cielo era azul plateado. Era mucho antes del amanecer. El hombre se levantó de la cama, sonriendo levemente, y comenzó a prepararse para la oración de la mañana.



© 2024 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta es una versión de una historia que Gurumayi Chidvilasananda ha contado en los *sátsang* de Siddha Yoga y en los intensivos de Shaktipat. La historia tiene su origen en la tradición sufí.